to, rico depósito de los tesoros metálicos de varios potentados españoles. Su conquista no se presentaba muy fácil á los ojos del cura de Dolores; porque sabia que esta populosa ciudad contenia sesenta y cinco mil almas, y que su gobernador el intendente Riaño era hombre activo, leal, bravo y de un carácter firme, y por este motivo nada quiso emprender antes de haber reunido un número de gente bastante para atacar con buen resultado. Por su parte el intendente Riaño, temiendo no poder defender con una débil guarnicion una ciudad tan considerable, en la que las simpatías del pueblo bajo no estaban en su favor, creyó prudente retirarse con todos los europeos á un grande edificio que servia de granero público, conocido con el nombre de la Alhóndiga de Granaditas. Allí mandó conducir todo el oro, plata, azogue y demás valores del tesoro real, fortificándose y preparándose á sostener una obstinada defensa contra los revolucionarios. El ayuntamiento y varios militares se opusieron á la resolucion de Riaño, creyendo mas oportuna y segura la defensa en el cuerpo de la ciudad, y á pesar de las observaciones que le hicieron para disuadirlo de aquella idea, nada pudieron conseguir en contra de su firme resolucion en esta materia de vital interés.

D. Mariano Abasolo, vestido con uniforme de coronel del ejército de Hidalgo, y el teniente coronel D. Ignacio Camargo, se presentaron á la entrada del fuerte como parlamentarios el dia 28 de Setiembre. Eran portadores de una comunicacion de Hidalgo concebida en los siguientes términos: „He sido electo capitan general de América en los campos de Celaya, al frente de cincuenta mil hombres. Con esto verá V. S. que tengo autoridad suficiente para intimarle me entregue todos los españoles que con V. S. se hallan encerrados en esa Alhóndiga, ocupando por ahora sus intereses, y hasta las modificaciones que pienso hacer en el gobierno." El intendente Riaño, despues de haberse cerciorado de la decision de sus compañeros de armas, dió la respuesta que debia esperarse de un valiente: „El intendente de Guanajuato y su gente, no reconocen otro capitan general que al virey de Nueva-España, ni mas modificaciones en el gobierno, que las que acordaren las córtes, reunidas en la península." Hidalgo se preparó inmediatamente á atacarle con todas sus fuerzas, que ascendian ya entónces á veinte mil hombres, la mayor parte indios de á pié, y casi todos armados de hondas, arcos, mazas, palos y largos cuchillos. Se observaba el contraste mas estraño entre esta tropa sin órden ni disciplina, y los regimientos de la Reina y de Celaya que habian venido á unirse á los insurgentes en su marcha sobre Guanajuato. Pero si la actitud militar respectiva no estaba de acuerdo, los indios tenian en su favor aquella energía feroz, aquel desprecio del peligro que los hacia temibles en todas las vicisitudes de la guerra de la independencia. En esto aventajaban á sus nuevos aliados.

Las colinas que dominan y rodean la Alhóndiga de Granaditas,

fueron inmediatamente ocupadas por el desordenado ejército del cura de Dolores. Los indios arrojaban una lluvia de piedras sobre los sitiados, y éstos contestaban con un fuego de fusilería muy sostenido, que hacia grandes estragos en las masas enemigas, amontonadas en las calles de la ciudad á manera de enjambres de abejas. Por algunos instantes contaron con un pronto y seguro triunfo; pero habiéndose declarado la poblacion entera en favor de Hidalgo, quedó marchita aquella esperanza en el corazon de los europeos. El desaliento se apoderó de estos desgraciados realistas, desaliento que llegó á su colmo cuando vieron incendiada la puerta del fuerte, y á su digno gefe Riaño, herido de una bala de fusil sobre el ojo izquierdo y espirando en medio de los otros gefes que debian experimentar la misma suerte. Oprimidos por el tropel de indios que se agolpaba en el fuerte, fué imposible toda resistencia en aquellas circunstancias de desconcierto y division entre los mismos gefes; pues el mando se disputaba por muerte de Riaño entre su asesor Lic. D. Manuel Perez Valdes y el mayor D. Diego Bersabal. Éste murió como un héroe defendiendo la bandera de su regimiento. La matanza comenzó en pos de la victoria. El número de hombres que pereció en la accion y despues del combate, ha quedado envuelto entre las tinieblas del silencio; pero se supone que ascendiese á tres mil el número de los insurgentes, segun una exposicion dada por el ayuntamiento, y á cuatrocientos el de los europeos muertos en el fuerte y la ciudad. La carnicería fué horrorosa: todos los principales criollos aliados de los españoles y refugiados con ellos en la Alhóndiga, sufrieron la misma suerte en el calor de este bárbaro combate. No hay espresiones con que pintar la ferocidad de los indios; pues muy pocos fueron los europeos que escaparon á su vista sedienta de sangre. Ellos se vengaban bárbaramente en los descendientes de los españoles del siglo diez y seis, de cuantos males habian afligido á sus antepasados en los dias de la conquista.

Los europeos habian trasportado al fuerte todo lo que poseian de mas precioso, creyendo que la victoria debia coronar los esfuerzos de su intendente Riaño; pero una vez vencidos y asesinados por la indómita fiereza de sus contrarios, les ofrecieron un rico botin para saciar su apetito de pillage y desenfreno. El fuerte contenia algunos millones de pesos. La adquisicion de este tesoro cambió de repente la posicion de Hidalgo, quien se atrajo á su partido los que habian graduado de temeraria su empresa. Los ojos de México se volvieron con ansiedad hácia los revolucionarios de Dolores: el gobierno se conmovió al contemplar una insurreccion que podia dar buenos resultados bajo una diestra é inteligente mano.

El primer pensamiento de Hidalgo fué recompensar á su ejército. Les distribuyó las propiedades de los españoles de Guanajuato, y fué tal la actividad de los indios para destruir cuanto encontraban á su paso, que el dia despues de la accion habian sido sa-

queadas y maltratadas cuantas casas pertenecian á los europeos. Se entregaron á los mas grandes excesos durante su permanencia en aquella hermosa y grande ciudad. El saqueo duró tres dias sin interrupcion alguna, y los indios quedaban casi aplastados bajo el enorme peso que gravitaba sobre sus hombros, cogiendo indistintamente barras de oro y plata, pesos fuertes y doblones. La plebe se aprovechó de la ingorancia de los indios; pues éstos ofrecian los doblones por dos ó tres reales, considerándolos como medallas de cobre. Hidalgo pretendió contener el desenfreno de esta banda indisciplinada; pero á pesar de haber publicado un bando el 30 de Setiembre, no tuvo el poder ni la voluntad necesaria para hacerse obedecer en aquellas críticas circunstancias. No ignoraba que la lucha en que se habia empeñado con tanta heroicidad, era una lucha de muerte contra un poder que contaba en su favor con la ignorancia y fanatismo, y no se arrepentia de ver á sus adictos comprometerse de modo que se hiciese imposible toda reconciliacion. Esto nos esplica la indisciplina de los primeros insurgentes, y aunque entónces fué fácil reprimirla con mano fuerte para evitar graves consecuencias, jamás se reprendió en lo sucesivo entre las tropas del ilustre cura Morelos. Esta falta de Hidalgo no puede atribuirse á la debilidad de su carácter, pues de su firmeza dió mas de una prueba durante los dias de su corta campaña. Tambien manifestó algunos talentos administrativos en el poco tiempo que ocupó la ciudad de Guanajuato; pues hizo acuñar moneda por medio de artesanos del pais, mandó fundir cañones de las campanas halladas á los europeos, y proveyó á las necesidades de los diferentes servicios, tanto como se lo permitieron los recursos de que podia disponer. A la inauguracion de su carrera se une la celebridad de su nombre. Sus hazañas corrieron muy pronto de boca en boca por todas las provincias, y en poco tiempo se vió este ejército de insurgentes aumentado con una porcion de hombres, ávidos de un cambio político y muy deseosos de saquear á los españoles. Todos solicitaban reconocer á Hidalgo como gefe, y todos venian á recibir grados y empleos de administracion.

Disposiciones tomadas por el virey: campamento de D. Félix Calleja: entrada de Hidalgo en Valladolid: batalla del Monte de las Cruces: batalla de Aculco (Octubre y Noviembre de 1810). La fama de las ventajas de Hidalgo consternó á los españoles de México. No obstante, el virey Venegas, hombre firme y prudente para dirigir los negocios con acierto en tan triste situacion, no perdió un momento hasta poner en estado de defensa la capital. Gracias á la sabiduría de sus primeras determinaciones, la tranquilidad no se alteró ni un solo momento entre sus habitantes, y las simpatías que tal vez podian existir en favor de los insurgentes, no tuvieron lugar de manifestarse al grito de guerra dado en el pueblo de Dolores. Engañado en un principio Venegas por las fanfarronadas de

algunos miembros de la audiencia, que pretendian que el sonido de la trompeta bastaria por sí solo para disipar á los independientes, no tardó en ver las cosas bajo su verdadero punto de vista; y convencido de la gravedad de la situacion, dispuso que se trasladasen á la capital con toda urgencia los regimientos provinciales de Puebla y de las Tres Villas, dejando acantonadas en Orizava las tropas del provincial de Tlascala. Al mismo tiempo mandó subir á México los soldados de marina de la fragata Atocha, cuyo comandante era el capitan de navío D. Rosendo Pelier, y entre su oficialidad mereció singular nombradía D. Pedro Celestino Negrete. El virey ordenó á Calleja que mandaba una brigada en San Luis Potosí, no perdiese un momento en perseguir las indisciplinadas tropas de Hidalgo. Dió el mando de uno de los mas hermosos regimientos al coronel D. Manuel de Flon, conde de la Cadena é intendente de Puebla, con objeto de atraerse el partido criollo por una distincion de confianza, y esta mañosa política no tardó en producir sus frutos. Desde entónces el conde de la Cadena, que era oriundo de México, y propendia á la independencia, se hizo uno de los mas leales defensores de los intereses de España, y partió con bravura á batirse y perecer para asegurar su triunfo. La misma política para con los criollos fué recomendada á todos los comandantes de provincia.

Tambien quiso Venegas que la Iglesia interviniese en la demanda; pues en un pueblo tan supersticioso y fanático como el mexicano, debia considerarse esta intervencion como un auxiliar de importancia. El obispo de Valladolid habia pronunciado excomunion mayor contra el cura de Dolores; pero habiéndose puesto en duda la legalidad del edicto del Sr. Abad y Queipo, apoyando esta opinion en que no habia sido todavia consagrado ni nombrado por legítima autoridad, Venegas hizo confirmar la excomunion por el arzobispo Lizana y por la Inquisicion, estendiéndola igualmente á los partidarios del cura, y á todo mexicano que en lo sucesivo se atreviese á poner en duda la legitimidad de esta medida. Deseando Venegas tomar todas las providencias necesarias para poner en seguridad la capital, convocó una junta compuesta del Consulado y varios funcionarios públicos, á fin de que se ocupase de formar cuerpos de vecinos que sirviesen sin estipendio alguno, y de este modo se logró establecer tres batallones de infantería, un escuadron de caballería y una compañía de artilleros. Publicado el decreto de la regencia espedido á 26 de Mayo del mismo año, los indios y las demás castas quedaron exentos de pagar el tributo acostumbrado. El virey creyó contener con estas providencias el fuego revolucionario; pero ya el grito de Dolores habia resonado con entusiasmo en el corazon de todos los amantes de la independencia.

Entretanto D. Félix Calleja, comandante de la brigada de San Luis Potosí, se hallaba en esta ciudad haciendo los preparativos

necesarios para resistir á los insurgentes. Mandó poner sobre las armas los dos regimientos de dragones de San Cárlos y San Luis, y habiendo espedido circulares para solicitar gente de los pueblos y haciendas de su distrito, consiguió en muy pocos dias reunir varias compañías distribuidas en diversas poblaciones, como tambien un gran número de hombres que le enviaron los ricos propietarios de las haciendas. En seguida formó su campamento en una hacienda de la cercanía de San Luis, y allí exigió á sus tropas el juramento de ser fieles á su legítimo soberano Fernando VII. Para entónces habia llegado á Querétaro el conde de la Cadena á la cabeza de su cuerpo de operaciones. Los insurgentes se habian acercado á sus inmediaciones por el camino de San Miguel el Grande; pero habiendo destacado contra ellos una partida de seiscientos hombres, se verificó un reencuentro en el puerto de Carroza el dia 6 de Octubre, y los españoles desbarataron completamente el ejército de indios indisciplinados. El conde de la Cadena continuó á los pocos dias su marcha para reunirse á Calleja que venia de San Luis Potosí; pero antes de hacerlo dirigió á los queretanos la siguiente proclama: „Vuestro proceder durante la permanencia de mi ejército en esta ciudad: vuestra sumision á las legítimas autoridades: vuestro empeño y eficacia en defender la ciudad y la buena causa, me han llenado de satisfaccion y exijen que os corresponda noticiándoos que salgo mañana á convertir en polvo esa despreciable cuadrilla de malvados. Es de mi obligacion, y la cumpliré, el instruir al superior gobierno de vuestra fidelidad; pero algunos genios suspicaces quieren atribuir vuestra docilidad á las fuerzas que tengo en ésta: no pienso yo de esta manera, y en prueba de ello dejo la ciudad confiada á vosotros y á la guarnicion valiente que os queda. Vosotros habeis de ser los defensores; pero si contra mi modo de pensar sucediese lo contrario, volveré como un rayo sobre ella, quintaré á sus individuos y haré correr arroyos de sangre por las calles." Este sanguinario gefe saqueó á su paso por San Miguel las casas de Canal, Allende y Aldama, coronel y capitanes del regimiento de la Reina.

Calleja se reunió con estas fuerzas en el pueblo de Dolores, y despues de haber entregado al pillaje la casa de Hidalgo, emprendió su marcha y entró en Querétaro el primer dia del mes de Noviembre. D. Miguel Sanchez, comandante de una pequeña partida de insurgentes, habia querido apoderarse de esta ciudad á la salida del conde de la Cadena; pero su corta guarnicion consiguió rechazarlo sin dificultad alguna por la superioridad de sus armas. Sanchez se hallaba en posesion de Huichapan y otros pueblos de las inmediaciones, y contaba con el apoyo de un capitan de milicias nombrado D. Julian Villagrán; pero este compañero suyo, ofendido poco despues de la accion por insignificantes motivos, lo asesinó vil é inhumanamente en la casa del cura de Alfajayucan. D.

Félix Calleja se habia situado en Querétaro para observar de cerca las operaciones del cura Hidalgo. Sus fuerzas ascendian á seis ó siete mil hombres con ocho piezas de artillería.

Estos preparativos no impedian el curso que habia tomado la defeccion. Hidalgo tenia conocimiento de la terrible tempestad que se le preparaba, y despues de haber permanecido muy tranquilamente en Guanajuato hasta el 10 de Octubre, se puso en marcha y se dirigió sobre Valladolid, en cuya ciudad entró sin resistencia alguna el dia 17 del mismo mes. El intendente, el obispo, varios canónigos y otros españoles, se habian apresurado á abandonarla. D. Agustin de Iturbide salió con setenta hombres de su regimiento para unirse á las tropas leales del gobierno, á pesar de haberle propuesto Hidalgo el empleo de teniente general del ejército revolucionario. El cura se veia entónces á la cabeza de cincuenta mil hombres. Acababa de ver pasar á sus filas el regimiento de infantería provincial, ocho compañías que empezaban á disciplinarse, y todo el regimiento de dragones perteneciente á las milicias provinciales de Michoacan: el primero y último cuerpo estaban perfectamente armados, equipados é instruidos. De los fondos de Catedral tomó la cantidad de cuatrocientos mil pesos. El 19 de Octubre salió de Valladolid con direccion al Valle de Acámbaro, en cuyo punto pasó revista el ejército que ascendia entónces á ochenta mil hombres. Allí se abrogó el título de generalísimo de los ejércitos mexicanos, cambiando su hábito talar por el uniforme militar, que consistia en una casaca azul con vueltas encarnadas, y concedió grados con profusion á muchos individuos de su ejército que dividió en regimientos de á mil hombres cada uno.

Hidalgo continuó su marcha y pasó sin detenerse por la ciudad de Toluca, y ya solo se hallaba entónces á doce leguas de México, en cuya capital habia reunido Venegas siete mil hombres que defendian su esterior. Uno de estos cuerpos de observacion mandado por el coronel D. Torcuato Trujillo, y en el que servia á solicitud suya D. Agustin de Iturbide, á quien verémos un dia aclamado emperador, fué batido por Hidalgo el 30 de Octubre en el monte de las Cruces, uno de los pasos de la cadena de montañas que separa el valle de México del de Toluca. Solo hay de notable en esta accion la innoble conducta del coronel Trujillo, quien despues de convidar á unos cuantos gefes insurgentes á que se aproximasen á sus líneas como parlamentarios, mandó hacer fuego contra ellos y su comitiva, luego que los tuvo á tiro de fusil. El coronel realista hizo mérito de esta traicion en el parte oficial que dirigió al virey, y habiendo merecido la aprobacion de éste en contestacion á su oficio, se sancionó el principio de que ninguna regla ordinaria de la guerra debia admitirse con los insurgentes. Los resultados de esta victoria y la aproximacion del enemigo, cuyas bandas indisciplinadas bajaban confusamente por el camino de Coajimal-

pa, llenaron de consternacion á los habitantes de México y á su virey Venegas, hasta el punto de que éste creyó deber llamar en su auxilio á la Vírgen de los Remedios, muy poderosa en el espíritu del pueblo, y cuya imágen era objeto de un culto particular en el santuario de su nombre. Llevada esta imágen procesionalmente y con la ceremonia de estilo, fué colocada en el altar mayor de la iglesia Catedral de México, y en seguida el virey de grande uniforme, á la cabeza de su estado mayor y de los principales funcionarios, se trasladó al templo para rendirla el debido homenage é invocar su proteccion, rogándola que aceptase el gobierno del pais como protectora especial de los españoles, y concluyó su arenga poniendo á sus piés el baston del mando y adornándola con la banda correspondiente.

Si esta poderosa protectora inspiró al cura de Dolores la resolucion de detenerse á la vista de la capital, sin intentar la menor hostilidad para entrar en ella, hizo á la causa española un verdadero y distinguido servicio. Mucho se ha escrito acerca de este inesperado movimiento, queriéndose esplicar la inesperada inaccion de este gefe victorioso, que habiendo llegado á las alturas de Sta. Fé al siguiente dia de la batalla, sin tener á su frente mas que dos ó tres mil hombres acobardados, emprende la retirada con toda su gente y toma el camino de Guanajuato. Se ha dicho por unos que fué falta de valor en el cura de Dolores, y por otros que le inspiró el deseo de evitar á la capital los horrores de un asalto; pero el carácter y antecedentes de Hidalgo rechazan estas sencillas esplicaciones. Hasta entónces habia dado sobradas pruebas de valor y sangre fria durante el curso de su corta campaña, y por lo mismo es necesario buscar en su conducta un motivo enteramente distinto. Hidalgo no habia contado con la actitud tomada por el virey: tambien ignoraba el número de los soldados que habia sabido reunir, y las baterías que apresuradamente habia hecho montar. Su indisciplinado ejército de indios, algo desmoralizado desde el último combate de las Cruces, en el que habia esperimentado grandes pérdidas, y en donde demostró suma ignorancia de los efectos de la artillería, temia habérselas con tropas regulares, y reinaba en sus filas la mayor confusion por la falta de armas y municiones. A estas poderosas causas que debieron influir en el espíritu de Hidalgo, es preciso añadir otra muy imperiosa y de mayor peso. Por comunicaciones que se habian interceptado á D. Félix Calleja, se sabia que este general avanzaba hácia la capital á marchas forzadas. Esta maniobra iba á colocar entre dos fuegos á los insurgentes, y aunque Hidalgo hubiera logrado apoderarse de la ciudad por medio de una sorpresa, entregándola irremediablemente á los horrores del saqueo y asesinato, al siguiente dia se hubiera visto sin gobierno alguno en medio del desenfreno de la plebe y de los indios, y hubiera sido víctima de un ataque regularizado que debian

presentarle las tropas del general Calleja. Por eso Hidalgo quiso detener la marcha del español saliendo á su encuentro; pero este movimiento se ejecutó con bastante desórden por parte de los insurgentes.

Desde entónces quedaron sériamente disgustados Hidalgo y Allende; porque habiendo opinado éste que se tratase con el virey por medio de García Conde y otros prisioneros, el generalísimo se opuso á ello y empezó á verificar su retirada. Tomó la direccion de Querétaro por el mismo camino que habia traido, y habiendo llegado con la mitad de su gente á las inmediaciones de Arroyozarco, se vió en la precision de sostener una escaramuza con la vanguardia de Calleja, con pérdida de algunos muertos y varios prisioneros de guerra. El general español se dirigió inmediatamente sobre el pueblo de San Gerónimo Aculco. Allí se encontraron frente á frente las vanguardias de ambos ejércitos. Las tropas de Calleja se componian casi todas de regimientos criollos, y su caballería la mandaba el conde de la Cadena. Este ejército tenia sobre el de Hidalgo la superioridad de las armas y de la disciplina, pero sus disposiciones morales eran dudosas. ¿Consentirian en batirse contra hermanos cuyos intereses eran los suyos? Esta cuestion se decidió el 7 de Noviembre en los llanos de Aculco. La disciplina y regularidad de las tropas realistas llevaron el terror á las filas de Hidalgo, y despues de una hora de ataque por medio de un plan muy bien combinado, los indios se dispersaron y les siguió el alcance la caballería enemiga. Algunos testigos de esta jornada han referido, que los soldados de Calleja mostraban mucha indecision al llegar al campo de batalla, y no se sabe lo que hubieran hecho, si los insurgentes con mas espera y menos miedo hubieran evitado romper el fuego antes que sus contrarios. Esta provocacion causó su desgracia. Desde aquel mismo instante las tropas de Calleja ya no titubearon, y se condujeron con un valor y union que les valió la victoria mas completa. Los insurgentes perdieron los equipages, dos cañones quitados en el Monte de las Cruces, diez y seis coches, algunas armas y municiones de guerra y boca, y tuvieron ochenta y cinco muertos y cincuenta y tres heridos. La pérdida de Calleja consistió en un soldado muerto y otro herido; pero además de haberla recompensado con usura en la crueldad que ejerció con los vencidos, tuvo el gusto de recobrar los prisioneros conde de Casa Rul, García Conde y el intendente de Valladolid. Hidalgo y un gran número de fugitivos tomaron á la carrera el camino de esta ciudad, mientras que Allende y su division llegaban á Guanajuato para dar mas impulso al fuego revolucionario. Calleja entró al siguiente dia en la ciudad de Querétaro.

Progresos de la revolucion: victoria de Calleja en Guanajuato: entrada de Hidalgo en Guadalajara: aparicion del cura Morelos en el teatro de la guerra. (Noviembre y Diciembre de 1810). Al

sonar el grito de guerra en el oscuro pueblo de Dolores. se tuvo cuidado de enviar comisionados á todas las provincias para propagar el fuego de la insurreccion. José Antonio Torres, mayordomo de una hacienda de Guanajuato, atrajo á su partido en todo el mes de Octubre la mayor parte de los distritos que confinaban con aquella intendencia y la de Michoacan, contando con el auxilio de los cabecillas Gomez Portugal, Godinez, Alatorre y Huidrobo. El brigadier D. Roque Abarca, intendente y presidente de la audiencia de Guadalajara, se habia sometido á la deliberacion de una junta que se abrogó todos sus poderes, y no contaba en su favor con las simpatías de los europeos de la ciudad; pero deseando poner un dique á los progresos del caudillo Torres, levantó un cuerpo de mas de doce mil hombres y los envió sucesivamente contra el enemigo. Esta tropa indisciplinada se pasó al bando de los revolucionarios. Entretanto la junta habia formado dos divisiones bajo las órdenes del oidor D. Juan José Recacho y D. Tomás Ignacio Villaseñor: la primera, compuesta de quinientos hombres, fué batida en la Barca por una partida de insurgentes; y la segunda recibió una completa derrota en Zacoalco por el caudillo Torres, el mismo dia en que la sufrió Hidalgo en las llanuras de San Gerónimo Aculco. Este descalabro dió por resultado la evacuacion de la ciudad de Guadalajara, y los insurgentes entraron en ella el dia 11 de Noviembre sin la menor resistencia. En seguida el presbítero D. José María Mercado, cura del pueblo de Ahualulco, se apoderó de Tepic y del puerto de San Blas sin disparar un solo tiro. De este modo cayó en poder de los insurgentes toda la provincia de Nueva-Galicia.

La noticia del levantamiento de Dolores llegó el 21 de Setiembre á la ciudad de Zacatecas. El intendente D. Francisco Rendon, despues de haber tomado las providencias necesarias para hacerse de armas y de gente, convocó una junta compuesta del ayuntamiento, diputaciones de minería y comercio, administradores de rentas y otras personas notables; pero habiéndose declarado en ella que la situacion de Zacatecas no era á propósito para sostener un ataque contra el enemigo, al que se atribuian intenciones de dirigirse desde Guanajuato sobre esta ciudad, todos los europeos ricos se fugaron precipitadamente en la tarde y noche del 6 de Octubre, llevándose consigo cuanto pudieron reunir de efectos y numerario. Al siguiente dia invadió las calles toda la plebe insurreccionada, oponiéndose á que los dependientes sacaran los efectos de sus respectivos almacenes, y pretendiendo cometer algunos desmanes con los europeos que se preparaban á abandonar la ciudad. En tales circunstancias el conde de Santiago, sugeto de bastante influencia por ser el mas rico de la provincia, juzgó conveniente acompañar á Rendon que habia tomado la determinacion de dirigirse á Guadalajara, y se puso en camino con él y su familia el dia 8 del mismo mes; pero habiéndose instalado aquella noche un nuevo ayuntamiento, que le dió el nombramiento de intendente interino de la provincia, dejó á Rendon en la hacienda de la Quemada con una escolta de veinte hombres, y se volvió á Zacatecas para librar á esta ciudad de los horrores de un saqueo. Rendon continuó su marcha bajo la custodia de otra escolta que le envió el intendente de Guadalajara; pero el 29 de Octubre fué aprehendido por una guerrilla mandada por Daniel Camarena, quien le hizo sufrir hasta la vergüenza de verse despojado de la ropa que traia puesta. A su llegada á Guadalajara ya estaba en poder de los insurgentes. El conde de Santiago, viendo amenazada la ciudad de Zacatecas por un tal Rafael Iriarte, convocó una junta compuesta de los vecinos que habian quedado, y allí se acordó nombrar un comisionado para informarse de Iriarte, „si la guerra que hacia salvaba los derechos de la religion, rey y pátria; y si en el caso de ceñirse su objeto á la expulsion de los españoles, admitia excepciones y cuáles eran éstas.” El Dr. D. José María Cos, cura del burgo de San Cosme, pasó en clase de comisionado al campo de Iriarte que se hallaba en Aguascalientes; pero no volvió en cumplimiento de su deber á la ciudad de Zacatecas, la que evacuó á los pocos dias el conde de Santiago para trasladarse á Guadalajara. D. Rafael Iriarte tomó desde entónces el mando de la provincia.

Mientras Calleja permaneció en la ciudad de San Luis Potosí, casi nadie se atrevió á mostrar intenciones de enarbolar el estandarte de la rebelion; pero durante su ausencia, á pesar de la fuerte guarnicion que habia dejado en ella, dos legos de San Juan de Dios y un oficial de lanceros de San Cárlos, ardiendo en deseos de tomar parte en el movimiento de Zacatecas y Guanajuato, sorprendieron y desarmaron una noche la guardia del convento del Cármen, donde se hallaban varios oficiales presos por órden de Calleja, armaron los individuos encerrados en la cárcel pública, tomaron el cuartel de artillería con sus diez piezas de batalla, y así sucesivamente se posesionaron de todos los puntos fortificados de la ciudad. D. Toribio Cortina, comandante del cuerpo de artillería, se defendió bizarramente desde su casa; pero habiendo sido herido en una mejilla, cayó prisionero con la tropa que lo acompañaba en el combate. La revolucion terminó el 11 de Noviembre. A los pocos dias entró en la ciudad Don Rafael Iriarte, y despues de haberla entregado á los horrores del saqueo, concedió empleos á los principales motores de la insurreccion. Tal era el estado que guardaban las cosas en los momentos de ser derrotado Hidalgo en las llanuras de Aculco.

Allende y su division entraron en Guanajuato el 13 de Noviembre. Su primer pensamiento se dirigió á poner en estado de defensa la ciudad, á cuyo efecto se colocaron algunas baterías en ciertos puntos que dominaban la entrada por la cañeda de Marfil, y se hicieron barrenos en otros para dispararlos al pasar el ejército de Calleja que se encaminaba á la ciudad. Allende mandó sacar en pro-

cesion la imágen de Nuestra Señora de Guanajuato, cuya festividad se celebraba el 28 de Noviembre, é imploró su auxilio para entusiasmar con su ejemplo el buen sentido del pueblo. Entretanto el general Calleja marchaba á atacarlo con sus tropas victoriosas en Aculco, habiendo dejado la ciudad de Querétaro el 15 del mismo mes despues de algunos dias de descanso. No encontró ninguna partida que saliera á hostilizarlo en el camino, y despues de haber sometido á Celaya, Salamanca é Irapuato, acampó el 23 de Noviembre á cuatro leguas de Guanajuato. Al siguiente dia hizo un reconocimiento en las alturas de Jalapita, y atacó con buen resultado la primer batería de Rancho Seco, situado á la izquierda del camino que da entrada á la ciudad. La noticia de esta ventaja llenó de alarma á todo el pueblo. Calleja dividió su ejército en dos columnas; la primera, mandada por el conde de la Cadena, se dirigió por el camino de la Yerbabuena y avanzó victorioso hasta llegar á la altura de las Carreras y cerro de San Miguel; y Calleja, que mandaba la otra columna en persona, avanzó por el camino nuevo de Santa Anna que conduce al real de la Valenciana, despues de haber ocupado el caserío de Marfil á pesar del vivo fuego que se le hacia. Los diez puntos fortificados á uno y otro lado de la cañada, cayeron sucesivamente en poder de las tropas españolas. Allende se retiró con sus tropas por la mina de Mellado para tomar el camino de la montaña de Santa Rosa. Enfurecida la plebe con la victoria alcanzada por el enemigo, forzó las puertas de la Alhóndiga de Granaditas, se introdujo sedienta de sangre por los departamentos del edificio, y degolló la mayor parte de los presos que allí se hallaban á disposicion de Hidalgo, entre los cuales habia algunos criollos contrarios á la revolucion. Al asesinato se siguió el mas horroroso saqueo. Calleja se apoderó al siguiente dia del cerro del Cuarto, en donde los insurgentes habian situado un cañon de grueso calibre; pero á la noticia de la carnicería cometida en los presos de Granaditas, que le dió uno de los españoles que milagrosamente escaparon de ella, hizo ejecutar á seis prisioneros que le presentaron, y mandó tocar á degüello para llevar la ciudad á sangre y fuego; pero merced á las súplicas del padre dieguino Fr. José María de Jesus Belaunzarán, hoy obispo de Monterey, que interpuso la imágen del Crucificado entre el vencedor y el vencido, la órden se suspendió cuando empezaba á tener efecto entre algunos curiosos del pueblo bajo.

El general español avanzó sin resistencia hasta la plaza de la ciudad. Allí dejó el regimiento de infantería de la Corona y el de dragones de Puebla, y mandó acampar el resto de sus tropas en las alturas de Jalapita, punto que se encuentra á la salida de la cañada de Marfil. Calleja tomó á su cargo castigar la rebelion en esta la ciudad vencida, y procuró vengarse en un dia de todos los males ocasionados á la causa realista. Inmediatamente se procedió á la

prision de varios individuos que estaban pacíficamente en sus casas, como tambien á la de un crecido número de hombres del pueblo que fueron conducidos á la Alhóndiga de Granaditas. El 26 de Noviembre se hizo una ligera averiguacion de los hechos con asistencia del escribano de cabildo, y sin mas prueba que una infundada sospecha ó una vil delacion por parte de un enemigo, fueron ejecutados dentro de aquel edificio varios hombres de la plebe de Guanajuato. Calleja condenó á muerte á todos los militares y empleados que habian servido á la revolucion. Ya se habian hecho cincuenta y seis ejecuciones con horror de todos los habitantes de la ciudad, hasta que un indulto vino á anunciarles que el general español estaba satisfecho con la sangre de tantas víctimas. Esta conducta de Calleja encendió el deseo de la venganza en el corazon de los americanos.

Se han hecho horrorosas relaciones de las atrocidades cometidas en esta desgraciada ciudad; pero estas relaciones no han sido inventadas por el partido vencido para acriminar á los españoles. Es muy cierto que un gran número de habitantes, conducidos á varias plazuelas de Guanajuato, fueron sacrificados sin piedad alguna despues de la accion. A Dios no plazca que nosotros intentemos callar ni menos disculpar semejantes crueldades; mas aunque se consagren á la execracion pública, es preciso ser justo y considerar que fueron el resultado de la mas horrible represalia. Ya hemos dicho que el mismo dia de la entrada de Calleja en Guanajuato, algunas horas antes de su llegada al real de Valenciana, el populacho de aquella ciudad furioso por haberla abandonado Allende, habia asesinado la mayor parte de los doscientos cuarenta y siete prisioneros de guerra, que dos meses antes habia dejado Hidalgo en la Alhóndiga de Granaditas. Todos estos crímenes son deplorables sin duda alguna; mas es preciso no olvidar que cuando estalla una revolucion, por mas legítima que sea en sus principios, los que atacan al gobierno establecido lo hacen de su cuenta y riesgo, y deben esperar ser tratados como traidores, hasta tanto que venga el triunfo á consumar el objeto de su obra. No se puede reprobar en el gobierno español los crueles castigos que impuso á las ciudades vencidas; porque todo gobierno hace lo mismo con los rebeldes por el interes de su propia conservacion. Únicamente se le puede tildar de haber continuado la guerra sin esperanza de triunfo, y seguido con los mismos medios de terror, cuando toda represion era inútil.

Ya hemos dicho que Hidalgo se retiró á Valladolid despues de la desgraciada jornada de Aculco. A pesar de las vivas instancias que le hizo Allende desde Guanajuato, deseando que fuera á tomar el mando de las tropas para resistir al enemigo, el generalísimo lo dejó entregado á su propia suerte, y tomó la resolucion de marchar á Guadalajara con un crecido número de reclutas. Durante su permanencia en Valladolid no se limitó á los cuidados de un general;